

El asesino no las quiere rubias

(Una novela “blanca” de Detectives Privados)

C. M. Federici

11. SE DESINTEGRA EL EQUIPO

MIENTRAS los dos jóvenes se abstraían en sus lucubraciones, el inextricable pulso de la Naturaleza seguía gobernando el movimiento eterno de los engranajes cósmicos. El firmamento, de súbito enfundado en espeso cobertor de nubes, se vio rasgado por un zigzagueante resplandor. Al punto, la artillería celestial retumbó en los oídos de la pareja.

—¿Lluvia? —aventuró Juan Carlos—. ¡No lo puedo creer!

—¡Por fin! —suspiró Virginia—. ¿Habremos visto lo último de la sequía ésta? ¡Ojalá llueva con ganas en el campo y en los embalses!

Acercaron los rostros a la ventana. En efecto, las primeras gotas se aplastaban contra el vidrio. El moroso *plat-plat-plat* se aceleró de repente, y el tan esperado diluvio tableteó sobre la ciudad.

—¡Mirá que es linda la lluvia!... —murmuró él.

—¡Y pensar que siempre me fastidiaba! —se rió la chica—. Pero ahora ¡me da una alegría!...

Fue un breve interludio, dispuesto quizás por el ciego azar, quizás por una travesura del destino. Para cuando volvieron a ocupar la mente en el tema interrumpido, ya las ideas habían resbalado por un curso nuevo.

—¿**Q**UERÉS un cafecito? —ofreció la dueña de casa.

—¡Te lo acepto! —repuso el detective.

Durante el lapso que insumió la preparación del reconfortante brebaje, Juan Carlos estuvo cavilando. Cuando Virginia trajo los pocillos, de los que ascendían perezosas volutas, halló una expresión reconcentrada en los ojos del hombre. Mordía él una patilla de sus anteojos, en tanto tamborileaba con los dedos de una mano sobre su rodilla, en pausado ritmo.

—Servite.

—Gracias. —El sorbió un poco—. ¡Riquísimo!

Se intercambiaron sonrisas; pero la seriedad volvió a aposentarse al momento en los firmes rasgos de Juan Carlos.

—Estuve pensando, ¿sabés? —dijo el detective—. ¡Me vinieron a la memoria los asesinatos de Punta Azul!

—¿Los que puso en claro tu papá? ¿Y por qué?

—Recuerdo algo que él me contó... —Los ojos del joven chispeaban en la semioscuridad; como acompañamiento, el rumor de la lluvia y el silbido del viento estremecían los cristales—. El último atentado, que afortunadamente no resultó fatal, no fue obra del asesino. ¡Por el contrario, éste resultó ser la víctima!

—No entiendo bien —confesó Virginia—. ¿Significa que alguien más... quiso acabar con el criminal?

JUAN Carlos asintió, no sin cierta impaciencia. Ella averiguaría pronto que no le hacía nada feliz el que alguien obstruyese el curso de sus razonamientos.

—Te explico: al asesino se le había pagado para que eliminase a alguien... Pero, embriagado por ese sentimiento de omnipotencia que suele invadir a ciertos homicidas, creyéndose tal vez a cubierto de sospechas, se permitió añadir otro crimen a aquel que cometiera por lucro..., aunque en esta ocasión estaba obedeciendo a motivaciones personales. ¡Pretendía vengarse de una joven que lo había despreciado! Y la mató a sangre fría..., con un hacha.

—¡Pero qué horrible!

—Quizás. Sin embargo, ese delito desencadenó una singular forma de retribución. ¡Alguien, que estaba loco por la chica asesinada, y que tenía motivos para sospechar la identidad del responsable de esa muerte, lo agredió a su vez! ¡Sangre por sangre! Horrible, sí, como bien dijiste; pero justo, según determinadas concepciones primitivas de la justicia.

—¿El Talió?... —Ella le tomó su pocillo vacío.

—La forma más simple de compensación —asintió él, encubierta su voz por el fragor del trueno—. Casi a la orilla del tercer milenio, parecería obsoleta. ¡Pero suele adecuarse a ciertas mentalidades..., como la de un asesino!

—Cierto —meditó Virginia—. El *Thanatos* aún sigue imponiéndose a demasiadas conciencias, por desgracia... ¡Espíritus que tienden a la simplificación de conceptos! Negro y blanco; nunca la gama del gris...

Para un oyente desprevenido, la conversación se habría convertido en un galimatías abstruso. En ciertos mágicos instantes, sin embargo, ocurre que dos mentes entran en

contacto, se opera una misteriosa alquimia, y dos individuos razonan al unísono, aun cuando, esencialmente, sus caracteres sean disímiles en más de un aspecto. ¡Al parecer, Juan Carlos y Virginia comenzaban a entenderse!

QUIZÁS por eso ella le escuchaba absorta, mientras, en el exterior, rugían las fuerzas naturales, la lluvia lo empapaba todo por doquier, y gemían las ráfagas descontroladas, como acezar gigantesco.

—Supongamos —sugirió Juan Carlos— que alguna persona hubiese averiguado..., del modo que fuese, la identidad del matador de Lucy. Alguien que la apreciaba..., que pudo, incluso, sentirse enamorado de ella. ¡Si ese tal desconocido fuera, a su vez, propenso a accesos de violencia, y cediera a esos impulsos destructivos que la mayoría conseguimos reprimir, entonces...!

—¿...*Esa persona mataría también, por venganza?* —Ella frunció el ceño, dudosa.

—¿Qué, no lo encontrarás posible? ¡Yo lo veo muy lógico!

—Me parece un tanto... crudo —opinó la psicóloga.

Juan Carlos agitó una mano, casi rozándole a ella la punta de la nariz.

—¿Por qué? ¡Estoy hablando de un sujeto... peculiar!

—¿En qué sentido, “peculiar”?

—Alguien que vive solitario..., reconcentrado en sus manías y en sus fobias..., alimentándolas. Alguien que adora en secreto a las mujeres; o, mejor dicho a “la” mujer, pero que, bloqueado por una invencible timidez, se limita a volcar sus sentimientos enfermizos en cuartillas escritas...

—¡Raskowsky! —musitó ella, abriendo mucho los ojos.

—EXACTO. —Juan Carlos se exaltaba con sus propias palabras—. ¡Cuando lo visité, me impresionó como proclive a los desbordes emocionales..., incluso a la violencia! ¿No suelen explotar así los depresivos crónicos?

—Lucy me habló mucho de él... Por cierto que me lo pintó como perturbado, pero en cuanto a agresividad..., ¡no sé!

—¡Te digo que encaja! Mirá, tiene una especie de “galería de bellezas” en la pieza: ¡casi todos retratos de la bella Esmeralda Capurro! Pero vi uno Lucy García también, ¡y ubicado en el mejor lugar!

—Precisamente —refutó Virginia—, Lucy me contó que él parecía cautivado por Esmeralda. Hablaba continuamente de ella; y aunque trataba de hacerse el cínico, decía Lucy,

sus sentimientos hacia la muchacha eran transparentes... Lucy sentía lástima por él, pero ahí paraba todo. ¡No creo que cupiese ninguna pasión volcánica en esa relación! Tu teoría es inconsistente, Juan Carlos.

—¡Es un hombrecito grotesco y peligroso, te digo! ¡Tú no lo viste despedazar las fotos, como lo vi yo! ¿Y sabés cuál fue la única que no tocó?

—¡Sería la de Lucy! —repuso la chica—. ¿Y qué?

—¡Cómo “¿y qué?”! —Juan Carlos se arrancó los lentes, de un manotazo nervioso, y los agitó ante sí—. ¿No te das cuenta? ¡Esmeralda Capurro no era otra cosa que un *símbolo* para Raskowsky!

—¿El Eterno Femenino? —Virginia frunció los labios.

—¡O como quiera que se llame! Pero Lucy García, que lo escuchaba y lo comprendía, que le elogiaba sus escritos, representaba el verdadero y único objeto de sus afectos..., ¡aunque él mismo no lo supiera hasta verla muerta!

—¿Y él..., Raskowsky, iría tras el asesino, por venganza?

—¿No es lógico? ¡A mí me suena bien coherente!

VIRGINIA se levantó. Tenía arrugado el ceño y los labios comprimidos. Meneó la cabeza un par de veces, dio unos pasos y por fin se volvió para hablarle, con palabras escogidas muy cuidadosamente:

—Mirá, Juan Carlos: perdoná que te lo diga así..., pero te estás metiendo en terrenos que no son los tuyos.

El alzó bruscamente la cabeza.

—¿Por qué, resentís que te haga la competencia?

—No estás licenciado en psicología —observó Virginia, con dulzura—. Tus deducciones son de aficionado..., y no te ofendas por la franqueza.

—¡Al diablo las licenciaturas! ¡Estoy aplicando el sentido común! Digo, si te hacés alguna idea de lo que es eso, claro.

La cólera relampagueó fugazmente en los ojos de la mujer. Iba a derramarse en una respuesta airada; pero el redoble de un trueno fortísimo la hizo recapacitar.

—No vale la pena que discutamos así —dijo suavemente—. Te pido disculpas si te ofendí, Juan Carlos. ¡A veces me pongo insoportable con mi suficiencia profesional! —y posó una mano en el hombro del joven.

Aquel toque tuvo la virtud de cambiarle a él el humor.

—¡Imposible enojarse contigo! —sonrió—. ¡Psicóloga empedernida!...

El silencio que siguió, cargado de entrañables sugerencias (tras el último estruendo, la tormenta se había disuelto en un murmullo cómplice) fue roto por el cucú de un bonito reloj de pared. Juan Carlos, maquinalmente, consultó el de su muñeca.

—¡La fresca! ¿Tan tarde se hizo?

—Las once... Pero te podés quedar un rato más, ¿verdad?

El hizo un ademán de desamparo.

—¡Quisiera! Pero tengo que encontrarme con el viejo... ¡No hay que olvidar el compromiso que contrajimos con Callaza!

—¿Ese es el policía que te quiere arrestar?

—Sí... Pero, quién te dice: ¡a lo mejor a estas alturas ya se aclaró todo! Ahora que me acuerdo, papá me dijo que tenía otra hipótesis. ¡Es posible que él...!

—¿Habrá salido a investigarla?

—Pero sin darme ni una pista. ¡Típico de él!

—¡Ojalá tenga éxito! Está todo tan embrollado, que...

—¡En eso le tengo confianza! Cuando se empeña en algo, es tenaz como... —De repente, Juan Carlos se dio una sonora palmada en la frente—. ¡Maldición! ¡Se me olvidó que teníamos que vernos a las diez! ¿Cómo pude distraerme así? ¡Y yo sin auto, todavía!...

—¡Si me lo hubieses avisado...! —suspiró Virginia.

—¡Posiblemente me precise para algo! —El se lanzó hacia la puerta—. ¡Hasta luego, nena! ¡Te llamo en cuanto llegue a la Jefatura!

A PENAS hubo salido el detective, el campanillazo del teléfono estremeció a la muchacha. Todavía preocupada por Juan Carlos, descolgó el tubo.

—¿Virginia? —dijo la voz de Dorteros—. ¿Juan Carlos está ahí?

—¿Quién habla? ¿El papá? ¡El salió a buscarlo a usted!

—¿Hace mucho? ¿No le dijo si iba a Jefatura?

—¡Para ahí fue! ¡Quedó en llamarme no bien llegara!

—Yo ya estoy saliendo... ¡Haga el bien de avisarle que vaya a encontrarme en la oficina del Ministerio! ¡Creo que surgieron hechos muy importantes!

—¿Pudo averiguar algo nuevo? Juan Carlos me mencionó una teoría...

—¡Perdóneme, Virginia, pero no hay tiempo para explicaciones! ¡Por favor, mándeme a Juan Carlos en cuanto la llame!

Virginia se encontró con el receptor en la mano y la comunicación abruptamente interrumpida. Por cierto que el ex comisario demostraba considerable apuro en llegar al Ministerio... ¿Qué iría a buscar allí?

Era preciso detenerse a pensar un poco. Todo el mundo parecía trastornado en estos últimos días, se dijo. Un crimen horrendo..., con la víctima equivocada, según las apariencias. Luego, la muerte de Di Reggia, que en otras circunstancias habría representado un alivio para ella, y que ahora, en cambio, precipitó la revelación de sus secretos más penosos...

SE DEJÓ caer en el sofá, tibio aún tras el amable rato compartido con Juan Carlos, y se sumió en la contemplación del cielo nocturno. a través del cristal de la ventana. Ya no había rastros de nubosidad, fulgían las estrellas y el aire parecía claro y frío. ¡Poco había durado el chaparrón!

...¿Cuál era la clave de todo aquello? ¿Cuáles las motivaciones? ¿Habría, en verdad, un propósito detrás de aquellas desgracias, o representaban únicamente la materialización de los delirios de un maniático homicida? ¿Qué papel jugaba en el enigma el archivo secreto de Di Reggia? ¿Y su morbosa fascinación por las mujeres rubias? ¿Estaba complicado el doctor Quintana en el crimen de Lucy? ¿Y el pobre Raskowsky?... En los días previos a su desdichado deceso, recordó Virginia, Lucy parecía como atemorizada, si bien no acertaba a definir, ni aun para sí misma, la causa concreta de su miedo. ¿Podría haber sido que su sensible espíritu captara alguna premonición de amenaza *latente*, mediante ese sexto sentido de que dan fe los parapsicólogos?

Virginia Linares acabó tomándose la cabeza entre las manos. Mejor dejarlo por un rato, se dijo. Si continuaba por ese camino, arriesgaba perder el resto de lucidez que aún le quedaba. Tenía que relajarse de algún modo, y luego intentar dormir un par de horas, al menos.

Se estiró, exhalando un suspiro. Quizás si encendía el televisor... Una de esas series plagadas de violencias ficticias, paradójicamente, podría sacarle de la mente por unos momentos la violencia real.

TUVO tiempo para ver el cañón de una Magnum .44 apuntando al villano caído, mientras el “Sucio” Eastwood repetía su clásica invitación de “¿Por qué no lo intentas, bastardo?”; pero en fracciones de segundo todo se borró y fue sustituido por una leyenda de atractivo diseño:

INFORMA: TELENOTICIA AL INSTANTE

El rostro de un informativista, revestido de la expresión cariacontecida del estereotipo televisivo, enfrentó a Virginia. Esta palideció, en instintivo prerrelejo.

—Interrumpimos el programa para ampliar la noticia que adelantáramos en nuestro “flash” anterior. El cadáver hallado a tempranas horas de esta noche, presentando fatales heridas de arma blanca, se ha identificado como el de Jorge Raskowsky Iliovich, natural del país, soltero, de cuarenta y cuatro años. El presunto homicida, que habría hecho gala de una saña inaudita, se habría dado a la fuga, mas no sin que una vecina lograra...

La mano de Virginia Linares saltó hacia el botón, y la imagen se extinguió con leve crepitar; luego, los dedos se crisparon sobre la boca de la mujer, con tal fuerza que dejaron señales blancuzcas en los labios.

—¡Dios mío! —gimió—. ¡Esto es una pesadilla!

ERAN casi las once y treinta y cinco cuando Juan Carlos entró en la Jefatura. Abriéndose paso entre un par de borrachos desprovistos de una noción clara acerca de la verticalidad, interpeló al estoico policía de guardia:

—¿Se fue mi padre?

—¿El señor Dorteros? —El uniformado contestó con alguna vacilación—. Salió hace unos minutos... ¡Si llega un poco antes se lo cruza en la puerta!

—¡Bonito consuelo! ¿Dejó algo dicho?

Ruborizado, el agente fingió meditar.

—A ver... No —repuso, al cabo—. Pero es posible que el señor comisario...

—¿Callaza está, por lo menos? —gruñó el joven.

—S-sí. Y pidió que usted lo viera apenas llegase. ¿Sabe adónde...?

—¡Sí, sí, gracias! —Juan Carlos lo fulminó con la mirada—. ¡Podía habérmelo dicho desde un principio, hombre!

—Le pido disculpas —balbució el otro—. Y, este..., señor...

—¿Qué? —El monosílabo salió despedido por encima del hombro de Juan Carlos, ya en tren de alejarse.

—Lamento mucho lo de su camisa... Usted comprende, yo no...

Sin volverse para contestar a eso (aunque de nuevo consciente, gracias al meterete, del estropicio que casi había relegado al olvido), el detective aplicó tres golpes contra el vidrio esmerilado del comisario. No se había extinguido el eco del último, cuando se encontró frente a Callaza.

Este le hizo un saludo con la mano.

—¡Adelante, “valor”! ¿Qué pelirroja te entretuvo tanto?

—¡Como para pelirrojas estoy yo! ¿Adónde se fue el viejo?

—¿Sos hijo de él y todavía no lo conocés? ¿Cuándo supiste que se molestara en darme cuenta de lo que hace o deshace? ¡Salió, y basta!

—¡Por todos los...! —refunfuñó el joven—. ¿Y qué estuvo haciendo antes de irse?

—Si te sirve, me parece que hizo una llamada a Punta Azul... —Callaza se encogió de hombros—. ¡Le habrá atacado la nostalgia, al veterano!

—No —aseguró Juan Carlos—. En momentos de crisis, él no hace nada sin un buen motivo... ¡Por algo habrá llamado a su antigua delegación! Si al menos me hubiese dado una idea...

CALLAZA enarcó una ceja. Estos benditos Dorteros tenían la virtud de rejuvenecerlo...
¡Hacía meses que no se interesaba así en nada!

—¿Idea? ¿Idea de qué? —indagó.

Juan Carlos barrió de un manotón con sus anteojos. Luego, pensativo, empezó a balancearlos con la patilla sujeta entre el índice y el pulgar derechos.

—Mencionó algo sobre una teoría que se la había ocurrido... Pero no largó prenda. A mí, no sé por qué, se me antojó que tal vez se relacionara con el tal Raskowsky..., ¡qué sé yo!

—¡Ah! —exclamó Callaza—. ¡Así que todavía no te enteraste!

El vaivén de los anteojos se congeló.

—¿De qué tenía que enterarme?

—¡Raskowsky está muerto! ¡Lo cosieron a puñaladas hace unas horas!

—¡Santo Cie...!

—Ya salió en las noticias —dijo el comisario—. Pero, claro, no habrás estado mirando tele, me supongo... ¡Eh! ¡No creí que te iba afectar de ese modo!

El joven detective se había puesto del color de una aspirina. No obstante, detuvo con un ademán el intento de Callaza por acercarse a sostenerlo.

—¡No me desmayo desde que vi a la bruja de Blanca Nieves, a los siete! —advirtió—. ¿Me deja llamar por su teléfono?

—Servite —respondió filosóficamente Callaza—. ¡Mientras no te dé por pedir “faxes”, como a tu viejo...!

Pero Juan Carlos no le atendía. En su atolondramiento, erró dos veces el dígito antes de marcar correctamente el número de Virginia.

Oyó sonar repetidamente la llamada al otro extremo.

—¡Contestá..., por favor! —y golpeaba impaciente el tubo con los nudillos.

AL CABO de unos cuarenta segundos, sin embargo, supo de boca de la interesada que la demora sólo había obedecido al hecho de estar ella en la ducha. Juan Carlos alcanzó a conjurar una fugaz visión mental del tierno cuerpo rosado, húmedo y caliente bajo la toalla en que estaría envuelto; su proverbial sentido de la responsabilidad, empero, se impuso de inmediato.

—¿A la oficina de Lucy? —se extrañó, ante el informe de Virginia—. ¿A estas horas?

—Pensé lo mismo —oyó decir a la psicóloga, a través del auricular—. Pero él no me explicó nada... ¡Calculo que habrá llamado antes, para confirmar si había gente ahí! Escuchá: dijo que fueras a reunirse con él lo antes posible...

—¿Te pasa algo? —inquirió el detective, de pronto—. Tu voz me suena un poco...

Entonces ella le comunicó lo que él ya sabía por Callaza. Se había serenado bastante ya, le aseguró. La ducha caliente le sentó muy bien. Pero, sí, en un primer momento la noticia le había impresionado muchísimo.

—¡Pobrecita! Me gustaría ir a acompañarte, pero...

—¡No, ya te dije que estoy bien! ¡Tú tenés que ir con tu padre! Luego me llamás, si te parece... ¡Te espero despierta!

Tras arrojar el tubo contra la horquilla, Juan Carlos giró en dirección de la salida.

—¿Te vas? —Callaza debió retorcer el cuello para encararlo—. ¡Oíme! ¡No te preocupes más por lo de Di Reggia! ¡A la hora en que él murió, vos y tu viejo estaban jun...!

Pero le hablaba al hueco de la puerta. A la distancia, el eco de las pisadas del joven se desvanecía.

—¡Y ni las gracias dio! —Callaza soltó un resoplido malhumorado—. ¡De tal palo, tal astilla!

JUAN Carlos se daba a todos los diablos cuando saltó del ómnibus, sujetándose el saco bien apretado, a fin de recatar la mancha de la camisa.

—¡Quince minutos perdidos! —rezongó—. ¡Pero vaya usted a encontrar taxi cuando hace falta de veras!

Para colmo, tenía que andar un par de cuadras. No estaba mal dotado para tal ejercicio, por cierto, ya que sus largas piernas devoraban metro tras metro con envidiable eficacia; pero aquella actividad muscular lo acaloró más de lo que ya estaba. Por fortuna, se dijo, la lluvia no había reincidento...

De repente frenó en seco. ¿Ese que entraba en el bar no era...?

—¡Eh! —llamó—. ¡Puentes!

El otro se volvió con alguna brusquedad. Al ver a Juan Carlos empezó a caminar a su encuentro, aunque sin afanarse demasiado.

—¿Me llamaba a mí? —quiso saber.

—Sí. ¿No me recuerda? ¡Soy Dorteros, el que...!

—¡Cómo no, mozo! ¡Ah! Su padre vino a la oficina; hace un ratito nomás, llegó. ¡Cómo trabaja el hombre! ¡Y a su edad! ¡Ya quisiera yo estar en tan buena forma como él! Es como para sentirse orgulloso, ¿no cree?

—¡Sí, sí, claro! ¿No le dijo para qué...?

JUAN Carlos contenía el impulso de patear a aquel simplote. ¡Parados como imbéciles en la puerta de un bar, cuando había tantas cosas importantes en juego!... Pero, claro, se dijo, el hombre no tenía por qué saber cómo funcionaba la mente de Dorteros padre.

—Me pidió permiso para revisar el cajón de Raskowsky —informó Puentes—. Es que... yo fui el que entregó a la policía los escritos del individuo ése, ¿vio?... Y su padre está interesado en saber si queda alguno más. ¡Qué tipo más loco, Raskowsky! Pero, no sé..., ¡a mí me parece inofensivo, qué quiere que le diga!

—Si no lo fue antes, con seguridad que ahora sí es bien... inofensivo —dijo Juan Carlos secamente—. ¿No escuchó las noticias?

Puentes abrió los ojos y la boca. Su frente brillaba.

—¿Qué? ¡No me diga que le pasó algo a Raskowsky también!

—Lo peor. ¡Lo acribillaron a puñaladas!

—¡¡Pero!!... ¡¡Mire qué noticia me viene a dar usted!!... No sabía nada. Mi radio está sin pi...

—Bueno, como sea —cortó Juan Carlos—, no hay remedio. ¿Vamos a la oficina?

—Si no le molesta —sugirió el sereno, con aire de disculpa—, adelántese usted, ¿eh? ¡Yo preciso un tónico para el resto de la noche! ¡Con la noticia que me trajo, y este frío que hace de madrugada...!

AL TIPO le tiraba fuerte el estaño, se dijo el detective, y buscaba sus excusas. Pero no cabía duda de que era de veras friolento, dado que llevaba el cierre de la campera subido hasta la nuez.

—¿Y cómo hago para entrar? —inquirió—. Porque supongo que habrá cerrado todo...

—¡Ah, me vine bien tranquilo, porque dejé a la autoridad al cuidado del fuerte! —bromeó Puentes—. No, si ya sé que su papá no ejerce más, pero... ¡Con él está el secretario, el señor Farrazzini! Tóquele timbre, nomás. ¡El tiene llave!

Juan Carlos frunció las cejas.

—¿Farrazzini trabaja hasta tan tarde?

—¿Ese? —Puentes se echó a reír—. ¡Le falta tiempo para salir escapado a las siete y veintiocho! No..., lo llamó su papá. Yo lo oí hablarle. ¡Debió ser cosa de importancia, para que el otro viniese a estas horas!

—¿Y aceptó venir así como así? ¿No le dio explicaciones mi padre?

El sereno alzó la cabeza, con gesto resentido.

—Vea, mi amigo, que yo no acostumbro escuchar conversaciones ajenas... Oí el apellido Farrazzini por casualidad. ¡Pero no es asunto mío lo que su padre tenga que tratar con él! Usted puede ir y averiguarlo, ¿no le parece?

—Para ahí mismo voy —y el joven giró sobre sus talones—. ¡Tómese una a mi salud!

ESTABA aún junto a la puerta cerrada cuando Puentes volvió de sus libaciones. El vigilante nocturno puso cara de asombro.

—¿Cómo? ¿No le abrieron?

—¡Toqué como diez veces! A lo mejor no suena el timbre...

—¡El timbre anda al pelo! —afirmó Puentes—. Qué cosa más rara... Deje, yo le abro.

Con alguna aparatosidad desprendió un gran llavero del cinturón. Gruñía a cada movimiento, a fuer de buen funcionario público.

—¿No habrá salido mi padre con el secretario? —aventuró el joven, en tanto ingresaban al pasillo—. ¡Tal vez ya encontró lo que vino a buscar!

—No creo —repuso el sereno—. Cuando los dejé juntos, tenían delante una pila de papeles bastante respetable para revisar. ¡Incluso oí que Farrazzini se quejaba de que les iba a llevar la noche entera!

Había apenas la luz suficiente para no andar a tientas; pero Puentes, en su propio terreno, guiaba a Juan Carlos sin tropiezos.

—Es por las restricciones de luz —se sintió obligado a explicar el funcionario—: hay que ahorrar energía... ¡Ah, mire! ¡Todavía están ahí!

Con un dedo bastante bien cuidado señaló la estrecha franja luminosa que se filtraba por debajo de la puerta rotulada “ARCHIVO”.

—Dijeron que ahí iban a estar más tranquilos... ¡Como yo pongo la música un poco fuerte, por el oído, vio...!

Abrió y le hizo señas a Juan Carlos de que entrase.

—Pase... Lo dejo con ellos.

EL JOVEN avanzó al encuentro de su padre. Acuclillado de espaldas a la puerta, Dorteros parecía absorto en el examen de una de las gavetas inferiores del fichero principal. La luz del tubo fluorescente del techo temblaba un poco, con leve zumbido, pero la claridad se repartía uniformemente por todo el reducido ámbito. ¡Ni rastro de Farrazzini en las inmediaciones!

Sonriente, Juan Carlos tocó en el hombro a su progenitor.

—¡Cuándo no te iban a encajar a vos todo el traba...!

Su voz se desvaneció, en tanto se le agrandaban los ojos y un cuchillo de hielo le traspasaba el pecho.

—No... —gimió—. No puede...

El cuerpo del ex comisario caía hacia un costado, laxo... En los cristales de los anteojos de Juan Carlos se reflejó una doble imagen de la roja y húmeda abertura por la cual huyera la vida de su padre..., sin que nada pudiera hacerse para retenerla. Todos los plazos habían expirado. Ya no quedaba más tiempo para acercamientos, explicaciones o expresión de sentimientos filiales. ¡Tanto como hubiese querido decirle!...

—Cielo... santo —murmuró el joven, sin conseguir articular el grito que pugnaba por reventarle en el pecho—. Cielo... santo.

Los recuerdos compartidos y por compartir, las alegrías y tristezas..., ¡los mismos desencuentros!...

A sus espaldas, la voz alterada de Hilario Puentes ofició de incongruente coro a la trágica escena:

—*¡Otro muerto más! ¡Esta oficina está maldita, mismo!...*

© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici

ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policíacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

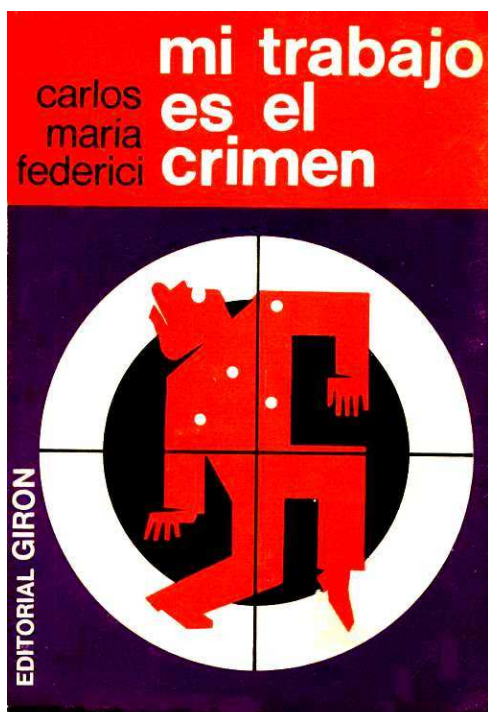
cmfederici@hotmail.com

Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



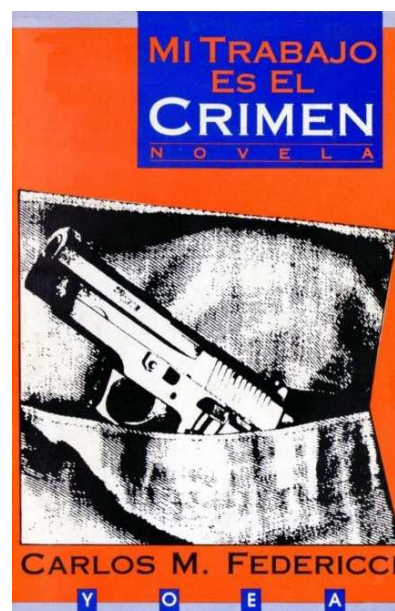
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

La orilla roja, 1972

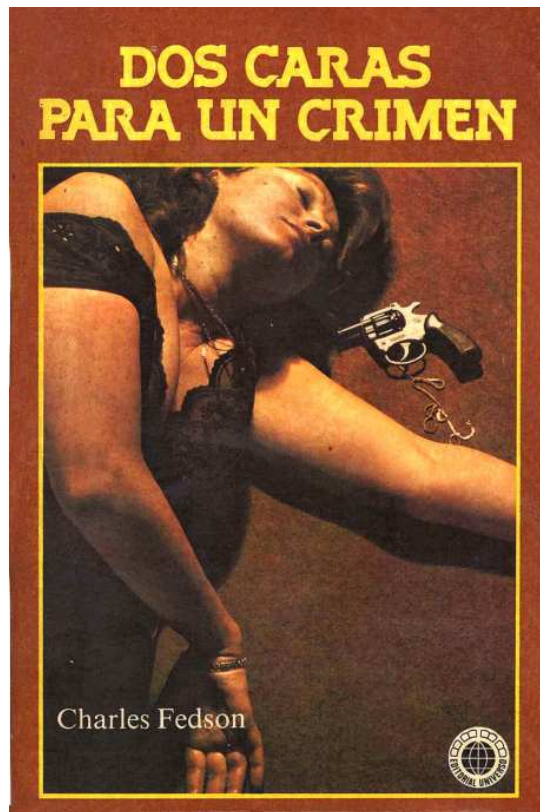


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

Mi trabajo es el crimen, 1974



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982

Carlos María Federici, nacido en Montevideo y conocido a nivel mundial por sus cuentos y relatos (policiales y de ciencia ficción). Comenzó su carrera literaria en el año 1961, publicando para la revista "Mundo Uruguayo". En 1968 la revista española "Nueva Dimensión" publica su primer cuento y es corresponsal de la misma desde el año 1973. Trabajó para diversas revistas de Bélgica, Suecia, Argentina y México.

Entre sus libros editados se encuentran:
La ovilla roja (Argentina 1972). Posteriormente adaptada para *El Diario*.
Mi trabajo es el crimen (Montevideo 1974)
Los caras para un crimen (México 1982)
GODDEUS, los Ejecutivos de Dios, excelente novela premiada en el certamen literario municipal bienio 1972-73. Fantasía estilo "best-sellers", ambientada en el Vaticano.
 El protagonista es un latinoamericano que se ve envuelto en una campaña publicitaria en pleno período de cambios, que convulsionarían a la Iglesia en los años 60.

NOVELA
 YOE LA

G O D D E U \$
(Los Ejecutivos de Dios)
 Carlos A. Federici

Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989